



EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE DON FRAY BARTOLOMÉ

CARRANZA DE MIRANDA, ARZOBISPO DE
TOLEDO EN TIEMPOS DE FELIPE II.

ARTÍCULO 8.º (1)

Habia empezado el proceso en la Inquisición á mediados de Marzo de 1558, estando en Flandes aun el arzobispo. Doña Elvira de Rojas, marquesa de Alcañices, conservaba íntimas relaciones con el dominicano que durante muchos años dirigiera su conciencia. Escrupulosamente devota, acostumbraba á consultarle sus dudas y siempre recibía respuesta que las disipaba. Desde que empezó á poner en limpio sus *Comentarios*, habíale ido enviando Carranza trozos manuscritos, y cuando imprimió su obra se la remitió por pliegos. Confiábalos la marquesa á discípulos y afectos del prelado, y empezóse á hablar mucho sobre la nueva producción. Alcanzó un ejemplar fray Melchor Cano y lo leyó con avidez: cuando le preguntaron

su opinión, respondió evasivamente, dando á entender que contenía el catecismo proposiciones peligrosas, con puntas y visos de herejía. Apenas llega este rumor á oídos del inquisidor general Don Fernando Valdés, se apresura á enviar ejemplares en consulta secreta á Melchor Cano, Domingo Soto, Domingo Cuevas, maestro Carlos, Pedro Ibarra provincial de franciscanos, frailes todos de estrechísimas ideas en punto al dogma católico. Recibió también la obra Don Pedro de Castro, obispo de Cuenca, y aprovechando la ocasión, responde al Inquisidor general desde Pareja en 28 de abril, dando no solo su opinión sobre el catecismo que era el objeto de la consulta, sino estendiéndose sobre las creencias personales de Carranza. Asegurando que había hallado proposiciones luteranas en el artículo de justificación, manifiesta que las creencias nacidas de ánimo deliberado; y refiriéndose á una conferencia precedente, recuerda los sermones del arzobispo en Londres, delante del rey que no pudieron menos de causar escándalo por el peligro de su lenguaje parecido en gran

Madrid 26 de setiembre de 1841.

(1) Véanse los ocho números anteriores.
TOMO II.—13

manera al language de los reformistas. Esta carta sirvió de cimiento para el proceso que se formó, pues ella fué el punto de partida del Inquisidor general.

Las marquesas de Alcañices y de Poza conservaban con el arzobispo estrechas relaciones de amistad y le respetaban como confesor; pero por una fatalidad inesplicable estaban presos muchos amigos é individuos de su familia, acusados y casi todos convictos de luteranos. Parecióle á D. Fernando Valdés que ellos podrian darle luz sobre las creencias de Carranza, con quien habían estado algunos en cariñosa correspondencia; y encargó á los inquisidores de Valladolid un estrecho exámen sobre tan importante punto. Entonces declararon Doña Antonia Mella, Pedro de Sotelo, Doña Ana Henriquez de Almansa, Doña Catalina de Rios, priora del convento de santa Catalina, y Pedro de Cazalla que seguian las doctrinas de Lutero: depusieron tambien D. Carlos de Seso y Doña Francisca de Zúñiga: culpando ligeramente unas veces, asegurando las mas la pureza del arzobispo, referíanse siempre á fray Domingo de Rojas que como amigo y discípulo le conocia de antaño. Hermano de la marquesa de Alcañices, entusiasta por las nuevas ideas religiosas, habia concebido el jóven fraile el proyecto de ser en España el lugar-teniente de Lutero. Con viva imaginacion y ve-

hemencia poco comun habia predicado secretamente en los conventos las doctrinas reformadas. Sus conversaciones con Carranza, que apreciaba su talento, le habian hecho creer que la tolerancia del dominicano era una predisposicion al protestantismo: ninguna prueba alcanzaba; pero estraviado por sus deseos de propagacion, acostumbraba á abusar del nombre del arzobispo para dar fuerza y cimiento á sus doctrinas. De sus declaraciones resulta no solo el catolicismo del prelado, sino que le causaba compasion por sus errores; y si tenia reputacion de luterano entre algunas monjas y personas diferentes de Valladolid, debíalo á los poco escrupulosos consejos de fray Domingo que temia fuese despreciada su palabra como de jóven novador sin autoridad alguna, buscando, para esforzarla, el nombre del ausente y célebre dominicano. Sus propios escritos sobre materias de fé corrian secretamente con el nombre de Carranza, alegando en su disculpa que cuantos los leyesen habian de creer por fuerza en el luteranismo cuando lo seguia un varon tan santo y sábio: otras veces, esperando misericordia, culpábale de omision sin juzgarlo por eso estraviado con los errores de Lutero; mas por último, despues de sus infinitas y contradictorias declaraciones, al intimarle la sentencia de muerte, al despedirse del mundo, en el amar-

go trance protestó solemnemente la inocencia del desgraciado arzobispo. Depusieron, como testigos tambien, García Barbon de Begega, alguacil de la Inquisicion de Calaborra, fray Francisco de Tordesillas, Isabel Estrada, fray Bernardino de Montenegro, fray Juan de Meceta, Fernando de Sotelo, Pedro y Cristobal de Padilla, el doctor Agustín Cazalla, fray Ambrosio de Salazar, fray Gaspar Tamayo, Don Juan de Acuña, conde de Buendía, y doña Catalina de Castilla.

Entre estos testigos legos y religiosos, pertenecian algunos á las mas ilustres familias de España: procesados se hallaban casi todos como luteranos, y muchos, como Cazalla y Padilla, no negaban su opinion: mas ninguno acusó al arzobispo de verdadero herege. Sus declaraciones versan sobre rumores que corrian acerca de sus doctrinas, sobre sermones mas ó menos equívocos en Inglaterra, sobre su tolerancia y las tendencias de su catecismo. Las proposiciones inculpadas se referian á la justificacion y al purgatorio. Era la primera disputadísima materia entre católicos y protestantes: estos miraban los méritos de Jesucristo como la única fuente de salvacion, sin conceder satisfaccion alguna de los pecados por las buenas obras del hombre: los católicos admitian las acciones humanas como eje del juicio de Dios; así la justificacion por la fé viva era en su sen-

tido estricto una creencia luterana: ¿Participaba Carranza de esta opinion? Nada hay que lo pruebe en el proceso: en tantas y tan voluminosas declaraciones solo se descubre una tendencia á transigir, pues aseguraba que ciertamente valen mucho las buenas obras del pecador, aisladamente consideradas, pero que los méritos infinitos de Jesucristo, invocados con ardiente fé, son respecto á las virtudes del hombre como para una gota de agua la estension sin límites de la mar.—La existencia del Purgatorio era tambien una cuestion estrechamente enlazada con la precedente y á que daba gran valor el luteranismo, negando ese lugar de espiacion de que no hallaba noticia en la Escritura, derrochando con esto las indulgencias y deshaciendo una gran parte del dogma y disciplina de la iglesia romana. Depusieron algunos testigos que el primado negaba el Purgatorio, pero este cargo no se probó, antes se hallaron razones para creer que vacilaba entre los testamentos y la doctrina.

Fray Juan de Regla, confesor del difunto emperador, hizo delacion voluntaria, culpando las opiniones del arzobispo por las palabras que acerca del perdon de los pecados dirigió al monarca moribundo; y presentóse de nuevo á los pocos dias, asegurando que habia esforzado el dominico con vigor los argumentos luteranos en la

segunda convocacion del concilio de Trento.—Depusieron unos frailes franciscanos sobre el sermón reciente que predicó á su paso por Valladolid; y los inquisidores se atrevieron á pedir de oficio á doña Juana de Portugal, por acaso presente en la iglesia aquel día, que declarase su opinion: la princesa Gobernadora dijo, que recordaba solo confusamente algunas espresiones que no le parecian bien. Mandáronse recoger los libros, obras y papeles científicos que conservaba la marquesa de Alcañices del arzobispo de Toledo. Púsose una nota en el proceso de las muchas producciones impresas y manuscritas de Carranza, atribuyéndole otras que habian sido escritas por protestantes y singularmente por fray Domingo de Rojas, Cristobal de Padilla y Juan Alonso de Valdés, que, siendo secretario de Carlos V, adoptó las opiniones luteranas. Agregóse á los autos la calificación y censuras del catecismo por Cano, Cueva, Carlos, Ibarra y Soto; y en este estado se hallaba el proceso cuando llegó á manos del Inquisidor general el breve de Paulo IV.

Apresuróse Valdés á comunicarlo al rey, y á proveer en 8 de abril auto de aceptacion de las facultades concedidas por el Pontífice. El licenciado Camino, fiscal del consejo de la Inquisicion, presentó pedimento en 6 de mayo requiriendo al Inquisidor general el

cumplimiento del breve apostólico con protesta de manifestar á su tiempo la persona contra quien debería ejecutarse. Valdés decretó en el mismo día que estaba pronto cuando se pidiese justicia en forma; y con la misma fecha entregó el fiscal segunda petición, esponeciendo que D. Fray Bartolomé Carranza de Miranda, arzobispo de Toledo, habia predicado y pronunciado, escrito y dogmatizado muchas heregias de Lutero en pláticas y sermones, en su catecismo, obras y papeles, como resultaba de testigos, libros y escrituras que presentaba con protesta de acusarle mas en forma; por lo cual pedia se prendiese al arzobispo, se le recluyera en cárceles secretas y se le embargasen sus bienes y rentas á disposicion del Inquisidor general.—Consultado este pedimento con el Consejo de lo Supremo, acordóse la presentacion de los instrumentos que el licenciado Camino mencionaba, y en cumplimiento del auto entregáronse como comprobantes los comentarios al Catecismo, con las calificaciones teológicas, la carta del obispo de Cuenca, el extracto de dos sermones del arzobispo, algunas de sus obras, dos cartas del luterano Juan Sanchez, y otra dirigida desde Bruselas por el procesado al famoso doctor Cazalla. Decretó el Inquisidor general á los pocos días, de acuerdo con el Consejo, que se librase provision y carta de em-

plazamiento para que el arzobispo de Toledo compareciese personalmente á responder á una demanda y acusacion fiscal en causa de fé.

Pero antes de llegar á la ejecucion, faltaba el asentimiento del rey, quien, al permitir el proceso, mandó espresamente que todas las resoluciones se le consultasen. Habia escrito tambien al arzobispo asegurándole que no dejaria á las pasiones obrar en perjuicio de su causa; y el príncipe de Eboli y Don Antonio de Toledo le aconsejaron que esperase con tranquilidad el porvenir. Supo Felipe por carta del cardenal Pacheco que pretendia Carranza del Papa la avocacion de su juicio á Roma ante el tribunal pontificio, y respondiéndole el 21 de abril, desde Bruselas. «Bien hicisteis en avisarme de lo que por parte del arzobispo se envió á suplicar á Su Santidad acerca de lo del libro; y á España he escrito sobre esta materia lo que conviene, teniendo todos los respetos y consideraciones que se deben.» Recomendó por esta razon estrechamente á Don Fernando Valdés que procediera con todo respeto á la dignidad de Carranza; y así el Inquisidor, al avisarle en 19 de mayo que se habia librado provision de comparecencia personal, pidió permiso para llevarla á efecto por ser mas suave, disimulada y decorosa que la prision por medio de alguaciles. Conservando estimacion hácia el prelado,

y no teniendo bastantes pruebas de sus tendencias heréticas, se negó el soberano á sancionar la resolucion del Consejo. Volvió á insistir Valdés esponiendo el escándalo que cada vez crecía: muchos envidiosos personajes que rodeaban al rey contábanle á profusion anécdotas calumniosas; y al fin, despues de madura meditacion, escribió Felipe en 26 de junio al Inquisidor general, conformándose con lo acordado, en intelijencia de que se tendrian las debidas consideraciones á las circunstancias y dignidad del arzobispo, así como en el modo de llevar la providencia á cabo. Informaba á Carranza de estos acontecimientos la correspondencia del gran prior de san Juan, y veia ennegrecerse cada vez mas el horizonte, sin tener medios para conjurar la borrasca.

Recibióse en 10 de julio la resolucion del rey, y el 15 presentó pedimento el fiscal insistiendo en su antigua solicitud de prision y embargo de bienes por los méritos de la causa misma, y alegando ademas de las pruebas anteriores la reciente declaracion de doña Luisa de Mendoza: referíase esta señora á la marquesa de Alcañices, y la marquesa de Alcañices desmintió completamente sus palabras. Reunióse el primero de agosto el Consejo, y asistieron muchos consultores condecorados: tratóse maduramente el negocio, y con su acuerdo decretó el

Inquisidor general como el fiscal pedía.

Pero antes de poderse ejecutar la providencia, habia recibido la princesa Gobernadora una carta de su hermano en que, para evitar el escándalo y los inconvenientes de una órden del Santo Oficio, la mandaba llamar á la corte al arzobispo con algun pretesto honroso. En cumplimiento de esta órden, escribió doña Juana al prelado de Toledo que necesitaba su presencia en Valladolid para comunicarle personalmente ciertos negocios importantes antes de la venida del rey, añadiendo: «E porque podria traer inconvenientes «cualquier dilazion que hubiesse en «vuestra venida, tendré mucho contentamiento en que sea luego, «aunque vengais á la ligera; que «en lo de vuestro aposento se proveerá luego como conviene; é yo «me huelgo mucho de que de vuestra parte se haya pedido el aposento á esta sazón, por ser tan «á propósito de lo que yo deseaba «é ahora se ofresce. E porque querria saber cuando pensais ser aquí «é porque os dé priesa, ó me avise dello, envío á D. Rodrigo de Castro, llevador de esta, que no vá á otra cosa.» Era este D. Rodrigo hijo del conde de Lemos y hermano del obispo de Cuenca, nombrado inquisidor por Valdés para el cumplimiento de su encargo. El día 4 de agosto salió de Valladolid, y el 6 entregó la carta al arzobispo

en Alcalá de Henares. Perfectamente obsequiado y recibido por Carranza, dirigió á la corte su obediente contestacion, acompañándole desde entonces por los lugares del arzobispado que iba recorriendo lentamente.

Las cartas de D. Antonio de Toledo habian informado al arzobispo del estado de sus negocios; temia que al llegar á Valladolid lo arrestase la Inquisicion, y así no le pesaba dar larga al tiempo hasta que llegase el rey á quien de un momento á otro se esperaba. D. Rodrigo de Castro escribía diariamente á D. Fernando Valdés; pero á pesar de tener confianza en su agente, recelaba ó aparentaba recelar que se escapase el procesado á un puerto cualquiera donde hallase una nave para Roma. Aburrido con una dilacion insoportable y valiéndose de este pretesto, nombró en 17 de agosto inquisidores de los distritos de Toledo y Valladolid á D. Rodrigo de Castro y á D. Diego Ramirez de Sedeño; y en union con el alguacil mayor del Santo-Oficio, dióles comision para prender á Carranza, y secuestrar sus bienes con inventario. Cuatro dias despues entró el arzobispo en Torrelaguna, hospedándose en casa de Juan Salinas con su servidumbre. El pueblo iba llenándose de familiares que llegaban poco á poco. Pasada de media noche reuniéronse á concertar el arresto, despues de cenar, con los inquisidores y con Juan Cebrian de

Ibarra prior de Muros en la iglesia de Santiago. Antes de amanecer dirigiéronse á casa del arzobispo: abrióles la puerta Salinas con secreto: D. Rodrigo dirigióse inmediatamente á la alcoba: al ruido despertó sobresaltado Carranza, é incorporándose en la cama preguntó: «¿Quién anda ahí?»

—«Usía ilustrísima sea preso por la santa inquisicion,» díjole Castro y abrió inmediatamente unas ventanas que caían á la huerta.

Entró en seguida el alguacil mayor haciendo una profunda reverencia, y acercándose con respeto al arzobispo, le dijo: «Suplico á V. I. me perdone, pues sabe que, como ministro, soy obligado á obedecer á quien me envía, y sea V. I. servido de entregármeme que yo le serviré como el menor de sus criados.»

—«Por cierto, señor, replicó el prelado con ademán compuesto y voz entera, que no solo á vos siendo quien sois, sino al mas mínimo capellan que el señor arzobispo de Sevilla enviase, me entregaría.» Volviéndose despues á D. Rodrigo de Castro y á D. Diego Ramirez que permanecían inmóviles y silenciosos, les escitó á mostrar los recaudos que autorizaban su arresto. El Secretario del Santo-Oficio dió cuenta entonces del mandamiento de prision del Consejo, y D. Rodrigo leyó el breve de Paulo IV.

El arzobispo alegó que no daba el Pontífice facultad para prender á nadie; que eran las palabras ge-

néricas y no bastaban sin comision especial dada con conocimiento de causa; que siendo obispo no era juez suyo el Inquisidor general, por lo que, protestando la nulidad y el atentado de la providencia, apelaba para ante Su Santidad que era su único é inmediato juez, pidiendo satisfaccion del agravio, y obediendo por evitar actos de violenta coaccion. Pidió testimonio de sus palabras y mandóselo dar Don Rodrigo al notario del Santo-Oficio Juan de Ledesma.

Empezaron los comisionados á registrar los cofres; llamaron al mayordomo mayor y á los oficiales para que diesén cuentas de lo que tenían; despacharon ministros con mandamientos oportunos á Toledo, á los pueblos del arzobispado y á Valladolid para embargar frutos y efectos, muebles y ropa. Hizose inventario de lo que se encontró en Torrelaguna, depositándolo en poder de Juan Salinas: cerráronse los papeles del prelado, entre los que había muchos de grave interés correspondientes á los pleitos que seguía la silla primada con el rey, los grandes y muchas comunidades religiosas, además de la correspondencia particular del arzobispo. Enviáronse correos á la corte para avisar á la princesa doña Juana y al Consejo de la Inquisicion el arresto verificado.—Entretanto había entrado la mañana, y con los brazos cruzados sobre el pecho, paseaba

Carranza por la alcoba; las lágrimas caían sobre sus mejillas, y suspiraba amargamente pensando con dolor en los azares de su contraria fortuna.

S BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL;
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

(Continuacion.)

La caballería cuyos rasgos distintivos eran el mas delicado respeto hacia la muger, y el principio de honor y de lealtad feudal, no podia venir de la civilizacion oriental y mahometana, que desconocia y aun estaba en contradiccion con tan sublimes y generosos sentimientos. ¿Pero cual no debería ser su fuerza y energia en España, cuando vemos en la sociedad árabe las justas, duelos, torneos y juegos de caña celebrados con la mayor magnificencia; cuando observamos la frecuencia de las músicas, desafios y desagradables competencias para lograr el amor de las damas principales, y elevada la dignidad de la muger hasta el punto de presidir los torneos, donde el premio del mejor y mas esforzado caballero era muchas veces ganar el retrato de las damas de sus contrarios? ¿Es de extrañar, que tan poéticos romances y libros tan maravillosos de caballería se escribiesen y leyesen en España con el mas ardiente entusiasmo, cuando sus historias referian, que acusada injusta-

mente de adulterio por los Zegries la reina de Granada, esposa del rei Chico, y afligida profundamente por tan deshonrosa calumnia, escribió al ilustrado don Juan Chacon, eligiéndole por su caballero, y que este, don Manuel Ponce de Leon, don Alonso de Aguilar, y don Diego Fernandez de Córdoba, disfrazados de turcos y superando los mayores obstáculos, se presentaron en el palenque de Granada, vencieron á los cuatro Zegries acusadores y dejaron triunfante con admiracion de todos el honor y la virtud de su protegida? Aventuras tan poéticas, costumbres tan caballerescas, y la lucha terrible de ocho siglos habian dado al caracter español un temple tan esforzado y altivo, que nada era en este tiempo (siglo XV) imposible á la audacia de su genio. Así el nuevo mundo y la Europa vieron repetirse por espacio de 100 años las mada señaladas hazañas consumadas por el valor español; y no fué poco feliz Fernando el católico en abrir un nuevo y mas estenso teatro á la eesuberancia de vida, de energia y de poder, que habia en el corazon de los españoles, luego que en 1492 ondeó el estandarte cristiano sobre las torres de la Alhambra. Empero nacidas y arraigadas las costumbres caballerescas en medio de la anarquía de los tiempos feudales; escitada por el sentimiento de honor, la dignidad y el noble orgullo del hombre hasta un punto perjudicial al orden de la sociedad y á la paz de las familias, la sagacidad de Fernando el V aprovechó el valor español para sus conquistas, pero



miró con desden y aun con temor las justas y los torneos, y reprimió con leyes violentas los duelos de la nobleza. Sus pragmáticas fueron sin embargo inútiles, porque las costumbres caballerescas se habian tan fuertemente adherido á nuestro carácter, que de la nobleza descendieron á la clase media y al pueblo, y la imaginacion naturalmente poética de éste no encontraba el solaz y la diversion sino en los dramas religiosos, en la lectura de romances y libros maravillosos, y en el cuento de prodigios y singulares proezas. Una nacion, templada en estos sentimientos, debia amar y realizar las mas atrevidas hazañas, y tener despues de los combates y de la gloria una literatura orígal y sublime, fiel influjo de su historia, de sus recuerdos y de la vida de su corazon. Mas durante el reinado de Fernando el V, su caracter y miras personales, y la actividad política y guerrera de la corte influyeron de un modo desfavorable en la continuacion de los duelos y torneós, y aun en el desarrollo y perfeccion del drama moderno. Bien es verdad, que el Sr. Martínez de la Rosa, siguiendo á Pellicer en su *historia del histrionismo*, á Rodrigo Mendez Silva en su *catálogo real de España* y á Rojas en su *viaje entretenido*, ha dado el título de primeras composiciones dramáticas en su *apéndice* á la *comedia* á las eglogas de Juan de la Encina, representadas en 1492 ante los duques de Alba; pero estas no ofrecen adelante alguno en el arte, pues que no son sino la reproduccion de los misterios y pasos

religiosos representados desde el siglo XI en los templos, y la imitacion en sencillo diálogo de la pastoral italiana (a). Empero la muerte de Fernando el católico en 1516, la anarquía y desórdenes que siguieron hasta la célebre batalla de Villalar (23 de abril de 1521) y el caracter guerrero y caballeresco de Carlos V volvieron á la nobleza sus antiguas costumbres y sentimientos, y renovaron las justas y los torneos, que fueron la diversion dominante y favorita del esforzado emperador. Afortunadamente para conocimiento de esta época, nos ha conservado Sandoval en su prolíja y concienzuda historia de Carlos V la relacion de varios hechos, muy útiles para saber el dominio esclusivo durante su reinado de las ideas y sentimientos caballerescos, y la escasa proteccion y adelantos del drama y la amena literatura. «Por las fiestas de navidad deste año, (1517) dice Sandoval, se hicieron en Valladolid grandes regocijos, en que los caballeros cortesanos se quisieron mostrar. *Hubo justas y torneós con nuevas invenciones, y representando pasos de los libros de caballería*. En algunas destas entró el príncipe rei. Sobre todo se se hizo una grande y maravillosa justa en la plaza mayor en sus caballos encubertados con arneses de guerra, y lanzas con puntas de diamantes; y 30 contra 30 se pusieron en los pue-

(a) Pueden leerse esta eglogas en los *origenes* del teatro español del Sr. Moratin, en el *Tesoro* del mismo del Sr. Ochoa, y en la obra, *Teatro anterior á Lope de Vega*. Edicion de Hamburgo 1832.

los para encontrarse en sus hileras. Y como tocaron las chirimías y trompetas, arrancaron con tanta furia, topándose con lanzas, otros cuerpo con cuerpo, que fue negocio muy peligroso. Los mas de los caballeros cayeron en tierra y quedaron muy quebrantados, y algunos muy mal heridos. Murieron 12 caballos. Los que mas se señalaron en estas fiestas, fueron el condestable de Castilla, el condestable de Navarra, los duques de Nájera, Alba, Béjar, marqués de Villena, el de Astorga, Villafranca, Aguilar, Conde de Benavente, el de Ureña, el de Harro, el de Lemos, Osorno, Oropesa, Fuensalida, los cuatro comendadores, los priores de San Juan y otros, que todos gastaron á porfía por servir al rey y mostrarse (a).» Las justas y los torneos alhagaban de tal modo las inclinaciones guerreras y caballerescas de Carlos V, que á imitación de Alfonso XI tomaba parte en los mismos como el primer caballero. «A 14 de marzo (1518) dice el mismo autor, hubo justa real en la plaza de Valladolid de 25 á 25 caballeros españoles y Flamencos, que á porfía se quisieron señalar así en los trages costosos como en el pelear y encuentros de las lanzas y golpes de las espadas. Cayeron muchos, fueron heridos otros, y murieron siete, que por eso dicen que este regocijo para veras es poco, y para burlas pesado..... Duraron estas fiestas desde el jueves hasta el martes de

carneistolendas, en que estos y otros caballeros se mostraron. Entró el rey en una destas justas con grandísimo acompañamiento y majestad el martes, y fué la primera vez que justó con armas. Justó contra él su caballerizo Carlos de Lauri, caballero de quien se hará larga mencion en esta historia. El aderezo, que el rey sacó sobre las armas y cubiertas del caballo, era de terciopelo y raso blanco bordado, y recamado de oro y plata y sembrado de mucha pedrería, obra verdaderamente real; y rompió el rey tres lanzas en cuatro carreras, aunque le faltaban 10 dias para cumplir 18 años. Fue Carlos V singular en usar de las armas y en el aire y postura, tanto que afirman, que del aprendieron los mejores caballeros, y que en algunos regocijos de armas quiso entrar disimulado, y luego era conocido por la postura y donaire que tenia. Hubo toros, cañas y otros regocijos. Hizo banquete general á todos los señores, que estaban en la corte. Hubo grandes saraos en palacio. En todo se mostró príncipe gallardo aventajándose á todos; y para mejor grandeza mandó que se pagasen los gastos, que en estas fiestas se habian hecho á su cuenta, y sumó el gasto 40,000 ducados (b).»

(b) Página 94 de la misma historia.

(a) Historia de Carlos V por Sandoval; página 85. Edición de Amberes de 1681.

SEGUNDA SECCION.

AMENA LITERATURA.

Esvero y Abuedora,

POEMA EN DOCE CANTOS,

POR DON JUAN MARIA MAURY,

AUTOR DE L'ESPAGNE POETIQUE.

ARTICULO 1.º

Únicamente por cumplir la tarea que nos hemos propuesto de dar cuenta al público de todas las producciones contemporáneas que merezcan la atención, vamos á analizar breve y sencillamente una obra de que tan cumplidamente se ha ocupado uno de nuestros literatos mas distinguidos. Si la importancia del poema no nos retrajese, bastaría á arredrarnos la altura de la crítica del señor don Juan Nicasio Gallego. Su informe presentado á la real academia española es un análisis completo y razonado, al mismo tiempo que un elogio lisongero y merecido. Por otra parte estamos poco acostumbrados á hallar libros tan extensos y concienzudos, que el pequeño compás de nuestra crítica apenas ha de alcanzar á medir sus proporciones.

Colecciones de poesías, ligeros cantos; improvisados dramas, cuentos y leyendas se suceden con bastante rapidez en nuestra literatura. Las hermanas del

monte sagrado, vestidas con mas ó menos chillantes adornos, disputan valientemente los aplausos del pueblo á las furias y harpías políticas, á esas viejas regañonas é importunas que se devuelven hace cuarenta años los mismos insultos y las mismas lamentaciones. Si se compara nuestro estado literario con el estado literario de diez años á esta parte, comprenderáse con facilidad que hemos adelantado indudablemente aunque andemos á tientas todavía. Hubiéramos caminado al mismo paso por otros senderos y algo mas floreciente y rica sería esta pobre y abandonada nación. Mas ahora, en el movimiento literario de la época aparece una obra trabajada con esmero y con conciencia, durante una porción de años limada y corregida, un poema en fin con doce cantos, en octavas reales, con los arreos y las galanas formas del Orlando, de la Araucana y de la Jerusalem. Seguramente ha de tener el autor de semejante libro una constancia á prueba; ciertamente ha de profesar hácia el arte el respeto y el amor de que mana el raudal de las grandes inspiraciones.

Poco conocido en España, tenía sin embargo Maury hechas sus pruebas. Residente en Francia, cuyo idioma maneja con prodigiosa facilidad, propúsose una obra difícil y poco alhagadora. Viendo desatendidos á los poetas de su país cuya lengua, gracias al estado de la nación, es poco conocida en Europa, intentó abrirles las puertas del gran Parnaso europeo y hacer que los escuchase el mundo. De repente Lope de Vega

y Garcilaso Alcázar y Herrera se presentan hablando en francés y no así como quiera sino en versos claros, puros y tan fluidos como los de los primeros poetas de Francia. Todo el que tenga la mas ligera idea de los caprichosos giros de nuestros antiguos autores se convencerá fácilmente de las inmensas dificultades que tuvo que superar el traductor. Pero hasta tal punto consiguió su objeto que los periódicos del país vecino no pudieron menos de tributar colmados elogios á su temeraria osadía. Pero esta gloria con reflejos ajenos no le bastaba: queria alcanzar la corona de poeta, el hombre que tan bien comprendia á los poetas, y encadenándose con asiduidad al trabajo, dedicóse á perfeccionar una obra de antemano comenzada.

La forma del poema es una forma clásica y pura: escrita en la mas noble y difícil combinacion métrica, la octava real, está dividida en cantos de semejantes proporciones que son separaciones y paradas naturales para proseguir la narracion. Tres obras de la misma clase se han presentado á la imaginacion del poeta: la Eneida, la Jerusalem y el Orlando. No encontramos con la primera género alguno de afinidad, pues si bien hay un empeño que lleva á ambos héroes á acometer empresas, son empresas de índole tan distinta, estan espresadas con tan diferente forma que todo cuanto pudiera decirse es que en los poemas de todo género hay una accion única, un fin directo y principal. Ni se asemeja tampoco á la epopeya del Tasso: hay menos tono, menos severi-

dad aunque mas riqueza de situaciones en la obra del Sr. Maury, y solo encontramos muchos puntos de contacto con el inmortal Orlando del Ariosto. En uno y otro se hallan á cada paso multitud de episodios que alejan la imaginacion de la accion madre, que queda olvidada completamente por bellísimos trozos de animada y brillante poesia: en una y otra se encuentra un plan sencillo que acabaria muy pronto sin los obstáculos que el autor vá amontonando con profusion; en una y otra abunda esa variedad de estilos que descansa y facilita la lectura. Esas reflexiones disparadas, esas largas descripciones, esos cuentecillos graciosos que une Maury al nudo del poema, son del género de Ariosto, sin que sean por eso imitaciones y mucho menos copias de tan gran modelo.

El argumento de *Esvero y Almedora* es el *paso honroso* del galan don Suero de Quiñones, del mantenedor de aquellas célebres justas del tiempo de Juan II, del bizarro caballero que llevaba al cuello una cadena en señal de su amorosa esclavitud. Su rescate estaba concertado con su dama: *trescientas lanzas rompidas* habian de darle libertad; el rey concede su permiso y comienza el torneo; mas en medio de él hay una tregua de veinte y un dias y en este término el poema se desarrolla. Vano empeño sería representar un extracto de tantos episodios y aventuras: la estrechez de nuestro periódico nos lo impide. El autor ha escogido el *paso honroso* como tema mas bien que como accion: distraese á lo mejor del tiempo

y nos cuenta una porcion de cosas que no vienen al caso, pero tan bien contadas, que sentimos cuando las abandona: mariposa inconstante, va tocando las flores en su camino, posándose apenas sobre su ligero tallo: los personajes que aparecen cuando quieren y desaparecen cuando les acomoda no obedecen á otra regla mas que al capricho: los accidentes nacen y mueren, se suceden las anécdotas y los cuentos, vienen complicaciones y embrollos, y el lector que al principio quiere resistirse á este movimiento desarreglado acaba por distraerse de tal manera en el florido laberinto, que ya solo piensa en dejarse arrastrar á nuevas regiones, á impulsos de la fantástica imaginacion del poeta. Y parece que se complace en mortificar agradablemente su curiosidad: si empieza á conmover una narracion, la corta de repente con un episodio magnífico ó burlesco, pero poético siempre y bien desempeñado.

Esvero, como no ha podido menos de adivinar el lector es D. Suero de Quíñones, pero un D. Suero ideal, un caballero galante y enamorado que anda corriendo deshechas aventuras hasta encontrar puerto al fin, despues de verificada su hazaña. Arrebatado en su carácter, audaz en sus empresas, lleno de galas y de cortesía, es un Amadis de Gaula sin su puerilidad y exageracion; pronto á todo, dispuesto á todo con tal de dar lustre al nombre de su dama y altura á su reputacion de valiente paladin. Pero Almedora es el personaje mas interesante del poema:

guerrero unas veces, otras encantadora muger, tal vez maga, tal vez deidad, toma todas las formas, se vale de todos los artificios para romper las relaciones del héroe con la hermosa Rosalinda. Su carácter es dulce y enérgico á la par: es una creacion sublime y peregrina, un tipo de idealismo y amor, una encarnacion de los mas abstractos sentimientos de ternura. Como la Dido de Virgilio oscurece al protagonista: Esvero y Enéas son figuras pálidas y débiles al lado de Almedora y de la reina de Cartago. Situada en el alcázar de Albano, en la portentosa Helbrida, la heroína envuelta en misteriosos velos, dirige todos los resortes que dan vida á la complicada trama: ella enreda la fábula con sus intrigas, y para sorprender la imaginacion, encierra en su alma secretos maravillosos que recogió de la sabiduria oriental. Asi tiene por fuerza que dotarla el autor con mas conocimientos de los que su época poseía; las invenciones modernas, el vapor, la electricidad los globos aerostáticos supónense conocidos en Asia durante el siglo XV; y allí Almedora adquirió tan portentosos conocimientos.

El estilo del poema es infinitamente variado: mezclados están los géneros en las mas caprichosas proporciones, y para nosotros jamás puede ser esta circunstancia un motivo de crítica. La libertad de variar de tono es conveniente y fecunda, usada con cierta sobriedad; en igualdad de circunstancias causa excelentes efectos. No aprobamos sin embargo esa union de lo sublime y lo grotesco llevada á la exageracion: los

que exageran son los que no pueden brillar de otro modo, y el señor Maury no está en este caso. Si se establece como teoría, comprenderáse fácilmente que pintando un poeta con mas ó menos fidelidad la existencia humana, tenga que retratarla tal como es en sí: la risa al lado del llanto; la alegría al lado de la tristeza; y si se critica el abuso difícil será de probar hasta donde llega la facultad de usar libremente; donde está la barrera, en que señales se conoce. Una regla y no mas admitimos; la del buen gusto, y el fallo está en el público, solo en él. Si el poema agrada á los lectores, si en vez de fastidiarlos los divierte, si en vez de cansarlos los interesa, si su imaginacion se exalta con las descripciones, si siente su corazon las pasiones que ha presentado el autor, indudablemente el poema ha llenado todas las condiciones que necesita. En nuestro entender, si ha abusado alguna vez el señor Maury de las galas de su fantasía para estraviarse del camino que su misma mano le trazó, hay arte hasta en el desarreglo y método en el desórden: asi pocas veces lamenta el lector sus frecuentes extravíos.

Si analizásemos detenidamente la forma, señalaríamos excelentes narraciones, concisas unas veces, abundantes otras pero propias siempre y adecuadas al asunto: las descripciones pecan con frecuencia por sobra de lujo; conócese que el autor está nutrido con la lectura de nuestros antiguos poetas que derramaban sobre todos los objetos materiales los tesoros de su inagotable fan-

tasía. El language recio y ostentoso se presenta á veces con la pureza de la sencillez, ya humilde en la relacion de cosas frivolas, ya profundo en la contemplacion de los arcanos del corazon del hombre, ya elocuente al enumerar las maravillas de la creacion, ya melancólico al contemplar el triste fin de la existencia. El metro, aunque difícil está manejado con la habilidad de un hombre que comprende perfectamente su estructura: las octavas se suceden armoniosamente, ostentando algunas una riqueza singular, aunque introduciendo cortes atrevidos, el autor ha conservado el molde clásico en las pausas y descansos que dan á esta versificacion tan admirable energía. Nada ha perdido el idioma en manos del Sr. Maury: hay abundancia de colorido poético, de giros que nacen espontáneamente, de frases que recuerdan á Herrera y á Calderon.

Esta epopeya en que se confunden dos géneros en bien combinada armonía es ciertamente una novedad: por vez primera hemos visto trozos del mas puro clasicismo unidos con los sentimentales arrebatos, y con la valiente fraseologia que ha adoptado, con varia fortuna, el romanticismo invasor: el autor muestra que no desconoce los buenos modelos que no los desprecia, aunque no los acepta como única norma y regla exclusiva. Asi, si se ha engañado algunas veces, si peca por defectos que hubiera querido evitar, no ha elevado tampoco una fábrica á la moda ó al gusto pasajero de las preocupaciones. En otro artículo presentaremos al lector algu-

nas muestras de su brillante versificación y de la riqueza de su estilo.

LÚCULO.

LA VOZ DE LA SOLEDAD.

«Vox clamavit in deserto.»

¡Oh tumbas! oh ruinas!
Reliquias de existencia disipada!
¡Oh cual entre las nieblas matutinas
Contemplaros me agrada!

¡Qué placer tengo en veros,
Arcos triunfales, páginas de piedra,
En que corona el yelmo á los guerreros
Un penacho de hiedra!

¡Oh templos derribados
Por la mano del tiempo asoladora
Dó aun pienso oír los cánticos sagrados
Y el órgano que llora!

De una rota columna
En el marmoreo zócalo apoyado,
Siempre se me figura oír alguna
Voz que habla á mi lado.

Su mística dulzura
Baña mi triste corazón en calma:
—Mira, dice, ¡oh poeta! nada dura,
Solo es eterna el alma!

«Los hombres que poblaban
Esa estéril campiña, ¿dó se fueron?
¿Dónde están los proyectos que formaban
Y las cosas que hicieron?»

Todo pasó cual humo
«Lo que real y cierto parecía,
Y solo queda en el espacio sumo
«Lo que no se veía;

«El oculto instrumento,
«Con que el mortal espera y ama y siente;
«De toda acción, de todo pensamiento
«El invisible agente.

«El alma! flor preciosa
«De los cielos, cual ellos duradera.
«El alma! el alma, si! la sola cosa
«Como Dios, verdadera!

«Oh insensatos mortales
«De pecho audaz de entendimiento ciego,
«Que así olvidais las cosas eternas
«Por las que pasan luego!

«De las cosas terrenas,
«Resplandecientes cual fosfórea llama,
«Leves é innumerables como arenas,
«Qué queda? Polvo y fama.

«Fama! Polvo mas vano
«Que el que cubre del tiempo estos despojos,
«Y que al menos palpar puede la mano
«Y pueden ver los ojos!

«Esta voz del desierto,
«Este vago rumor que oye tu mente,
«Oh tú que aspiras á saber lo cierto,
«Medita atentamente.

«Este rumor pausado
«Que resuena en las yermas soledades,
«Es el eco que en ellas han dejado
«Las pasadas edades:

«Es la cifra que encierra
«Tu sola y gran verdad, filosofía,
«Clave de todo aquello que la tierra,
«De seguro sabia,

«Cuando esos que delante,
«De tu vista se estienden, hoy desiertos
«Dó solo escombros huella el caminante
«Y cenizas de muertos,

«Ciudades opulentas
 «Eran, templos, palacios y jardines,
 «Teatro de batallas sangrientas
 «Y de ricos festines!»

Oh! cual mi pecho llenan
 De respeto y temor esas divinas
 Y austeras voces que en vosotras suenan,
 Oh tumbas! oh ruinas!

E. DE OCHOA.

ALBUM.

TEATROS. Una sola novedad ha habido en la semana, pero ha sido novedad de bulto; el autor de *Margarita de Borgoña*, el célebre Alejandro Dumas ha querido una vez ejercitar su pluma en el género cómico y probar que sin el auxilio de los venenos y los puñales sabe interesar y entretener al público. La comedia en cinco actos titulada *UN CASAMIENTO SIN AMOR*, que se representó el jueves último en el teatro del Circo pertenece á ese género en que Scribe tanto ha sobresalido; no domina en ella un pensamiento político, como en el *Vaso de Agua* y el *Arte de conspirar*; es una comedia puramente de costumbres y el autor ha querido pintar con exactitud las del reinado de Luis XV en Francia, en que la desmoralización llegó al mas alto grado. Colocado Dumas en este terreno, ha elegido por héroes de su obra un conde libertino, que á pesar de tener íntimas relaciones con cierta marquesa se casa por conveniencia con una muchacha que sale del convento para darle la mano y que sin embargo ama, ó cree amar a un baroncito hermano de una de sus compañeras de pension. Desde las primeras escenas, ambos esposos se revelan su secreto sin inquietarse uno ni otro por las consecuencias; el conde consiente que el

baron galantee á su muger por temor de caer en ridículo; y la condesa tolera con paciencia que su marido obsequie á la marquesa; sin embargo Luisa, que así se llama la condesa, principia por tener celos de su marido y concluye por enamorarse perdidamente de él; el conde por su parte, con temor siempre de cometer la torpeza de apasionarse de su esposa, concluye también por amarla y entonces acaba la comedia. Tal es en globo el argumento de una composición llena de situaciones cómicas y de escenas interesantes; hay algunas sin embargo que chocan demasiado con nuestras costumbres; tal es por ejemplo la última del acto 3º en que un tío comendador se esplica, acerca de la legitimidad de los hijos á consecuencia del estado de depravación de la sociedad, en un lenguaje á que estamos poco habituados en la escena, por mas que sea el que convenga á la exactitud histórica. Este inconveniente es de casi todas las traducciones; el público de Madrid no es el público de París; nuestra sociedad no es la sociedad francesa ni en el siglo XVIII ni en el XIV. Apesar de todo la comedia ha tenido un éxito aun mas brillante que el que tuvo en el teatro frances cuando se estrenó en el mes de mayo.—La ejecución nada nos dejó que desear.

Al concluir el último acto pidieron algunos que saliere el autor ó el traductor, sin otro objeto sin duda, que el de mover ruido; esto se ha hecho ya tan comun que lejos de ser una recompensa parece mas bien una burla. Si hasta en una traducción se pide al autor, ¿qué haremos cuando alguno de nuestros literatos dé una obra que merezca esta recompensa, reservada al mérito, y nada mas que al mérito, en todos los países del mundo?...

DIRECTOR Y EDITOR,
 FRANCISCO DE P. MELLADO.